

## OTRO MANIFIESTO DEL OBISPO DE PUEBLA

### EL OBISPO DE PUEBLA A SUS FELIGRESES

PUEBLA, SEPTIEMBRE 15 DE 1811<sup>86</sup>

*Don Manuel Ignacio González del Campillo, por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica, obispo de la Puebla de los Ángeles, prelado gran Cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, del consejo de su majestad etc.*

Mis amados en Jesucristo: un obispo anciano, vuestro compatriota, y que nada más desea que la salvación de su alma, y la verdadera felicidad del suelo en que vio la luz, es el que os habla en esta ocasión, sin otra mira ni interés, que el de contribuir por su parte a la pacificación de este hermoso reino, reduciéndonos a la razón, de que os habéis separado, por las sugerencias y mal ejemplo de aquellos hombres desgraciados, que han pagado ya en un suplicio la pena debida a sus crímenes.

Como obispo, mis labios no deben moverse, sino para anunciar la verdad; como vuestro compatriota, debéis estar seguros de mi imparcialidad; y como hombre, que a nada aspira, me debéis suponer muy distante de la lisonja. Las circunstancias todas que en mí se reúnen, me dan un derecho para ser creído de vosotros, y por lo mismo emprendo con confianza el hablaros el lenguaje de la verdad, a cuya hermosa luz espero se disipen las sombras del error que os

---

<sup>86</sup> Hernández y Dávalos, *Colección*, III-121. La edición utilizada por el compilador es posterior a la fecha de su realización. NOTA A LA EDICIÓN ELECTRÓNICA.

tienen ofuscada la razón, y veáis el abismo de miserias en que vais a precipitar a vuestra patria, si continuáis el horroroso proyecto de la insurrección.

La desgraciada época en que ésta se verificó, no debiera escribirse en los anales de este reino, sino con lágrimas y sangre; y nuestra posteridad no podrá menos de sorprenderse y horrorizarse cuando lea las atrocidades que se han cometido en un país que había sido la habitación de la paz, y que no producía hombres, sino mansos corderos, y sencillas palomas.

El espíritu de Satanás encendió en unos cuantos atolondrados las pasiones de odio, codicia y ambición, que fueron los primeros resortes que dieron movimiento a esas espantosas reuniones de gente seducida por unas lisonjeras, pero vanas esperanzas de felicidad, libertad, independencia y riqueza. Unas agregaciones formadas tumultuaria, y rápidamente, en un tiempo en que el gobierno no estaba prevenido de un suceso que no se temía, no es mucho que se hubiesen apoderado de las populosas ciudades de Valladolid y Guanajuato, y tuviesen los caudillos la temeraria resolución de atacar a la capital. Las batallas de las Cruces, de Aculco, Guanajuato, Acámbaro, Urepetiro y Puente de Calderón les hicieron conocer que Dios no protegía su injusta causa, y que llenaba de bendiciones a los soldados que defendían a su rey, a su patria, y a su religión.

Como aquellos jefes de la rebelión más desastrosa aunque eran malos, no carecían de talento, conocieron a fuerza de reveses, que era vano y temerario su proyecto, y que no tenía entre los hijos del país la aceptación que se prometían. Desistieron de él, y cargados de las inmensas riquezas que habían robado a los europeos, a los americanos, y lo que parece increíble, a los templos, caminaban a refugiarse en los Estados Unidos, en donde esperaban alimentarse con los frutos de sus sacrílegas rapiñas. Dios, que

no quiere por lo común dejar impunes por mucho tiempo los crímenes escandalosos y de una trascendencia tan funesta y tan prolongada, como los que habían cometido estos rebeldes, permitió que casi al poner el pie en el país que miraban como su refugio, fuesen sorprendidos por un puñado de hombres, y conducidos a Chihuahua, sufrieron el último suplicio.

En el corto período de seis meses se representó la escena de pasar unos hombres casi desconocidos en el reino, de la oscuridad de su clase, a los empleos más brillantes de generalísimos, generales, y otros, sirviéndoles de escala la seducción, el robo, el libertinaje, y los más sacrílegos y abominables arbitrios; y después a un afrentoso patíbulo. Ellos pagaron con la vida sus crímenes y excesos; pero su muerte no ha reparado, ni reparará en un siglo, los muchos y gravísimos males que ocasionaron con sus desvaríos.

Recorred todos los países que pisaron los insurgentes, y veréis talados los campos, abandonada la agricultura, interceptado el comercio, desiertos los pueblos, la industria sin acción, y todo el reino sumergido en el llanto, y la miseria. ¡Execrables jefes de la insurrección! ¡Éste es el retrato fiel del actual estado de vuestra patria! ¡Ésta es la felicidad que la preparáis, con cuya fementida esperanza engañasteis a tantos sencillos, que por fruto de su engaño han encontrado la muerte delante de las armas del rey, o han tenido que abandonar sus hogares, y errantes por los montes van arrastrando la pesada cadena de sus crímenes!

No hay ojos para llorar tan lamentables desgracias como causaron a su patria aquellos hombres infelices, que ya han sido juzgados en el tribunal de Dios; no siendo entre ellas la menor el fuego de la rebelión que dejaron encendido, y que su propia sangre y la de tantos secuaces, derramada con abundancia, no ha podido apagar.

Los más exactos cálculos de la razón, de la prudencia, y de la política han salido fallidos sobre este punto. Arrollados

los numerosísimos ejércitos que sostenían la insurrección y aprisionados sus jefes, que vergonzosa y cobardemente los abandonaron ¿podría temerse que se levantaran otros, y hubiese hombres tan estúpidos que escuchasen sus voces seductoras? ¿No tenían ya los unos la más clara convicción de la temeridad de su empresa, y los otros, tan seguro anuncio de la suerte que se les preparaba? Si con cien mil combatientes, entre ellos algunos regimientos disciplinados, con mucha artillería, y dinero, que robaron de las opulentas ciudades de Valladolid, Guanajuato, Zacatecas y Guadalajara, y con unas posiciones militares casi inexpugnables, como las de Guanajuato y puente de Calderón, no pudieron resistir al ejército pequeño del rey, y huyeron precipitadamente a los confines del reino para salvar sus vidas y sus robos, ¿cómo podéis prometeros un éxito feliz ahora que no tenéis los recursos que aquéllos, que las tropas están más disciplinadas que entonces, y que escarmentados todos con los estragos de la revolución, no apetecen más que la paz?

Apelar de estas obvias reflexiones, y de las medidas suaves y benignas que ha tomado el gobierno para restablecer la paz, sigue la guerra más destructora y la más injusta, porque, ¿cuál es el objeto de ella? ¿Es acaso separar este reino de la metrópoli y hacerlo independiente? ¡Ah! Aun cuando la independencia fuera nuestra felicidad, lo cual es todavía un problema político,<sup>87</sup> digno de las más serias y profundas

---

<sup>87</sup> Basta insinuar que conseguida la independencia se debía establecer el gobierno, lo que no podría verificarse sin mucha efusión de sangre. Unos querrían democracia, otros, aristocracia, y otros, monarquía. Para el que había de presidir en ésta, si se adaptaba, habría infinitas divisiones, que producirían guerras crueles; muchos querrían ser reyes, y todo lo sacrificarían a su ambición. Estas inquietudes interiores, sobre las que hemos sufrido, en que se han perdido centenares de miles de hombres, convertirían a este reino en un yermo, de que se haría dueño el

discusiones, a cambio de tantas miserias y desgracias, como los americanos están padeciendo, y de la sangre que están derramando, no se puede comprar una constitución, contra cuya utilidad hay los más fuertes y poderosos argumentos. De qué me sirve ser independiente de la España, dirá todo americano racional y prudente, si mientras lo consigo pierdo mi caudal, mi tranquilidad, mi hogar, y vivo en las ansiedades que son consiguientes a una revolución, en la que no habiendo nivel, todo se trastorna y pierde su propio lugar.

Mas suponiendo que las ventajas de la independencia sean incuestionables ¿acaso se puede solicitar todo lo que es útil?<sup>88</sup> ¿No es necesario para obrar con arreglo a la razón, que la utilidad se hermane con la justicia? Sea enhorabuena la independencia la cosa más benéfica a los americanos; pero si éstos la resisten, ¿por qué los queréis obligar a que la adopten con devastaciones, cadenas y muerte? Establecer una constitución contra la voluntad general de la nación, o de la mayor parte de ella, ¿qué otra cosa es, sino despotismo, crueldad y tiranía?

Sabed, para vuestro desengaño, que los americanos no están en hacerse independientes por unos medios tan

---

primero que pusiera los pies en él. A más de que separada la América de la España perdería las relaciones y alianzas que esta tiene con algunas naciones, contra las cuales nunca podría sostener su independencia, y mucho menos después de una guerra tan destructora como la que han hecho los rebeldes que han privado a su patria de gentes y de recursos. El que profundice un poco estas ideas hará otras reflexiones que se omiten por la brevedad.

<sup>88</sup> Para declarar la guerra no bastan razones de conveniencia, que los publicistas llaman *suasoriae*, ni las que tienen más de especiosidad, que de solidez que llama *cuasi justificae*; sino que son necesarias aquellas que convencen evidentemente un derecho cierto para tomar las armas. Formey, *Principios del derecho natural y de gentes*, tomo 3, capítulo 7.

detestables, como los que se han practicado hasta ahora. Son cristianos y leales: saben las obligaciones que la religión les impone con respecto a sus reyes, y el sagrado vínculo con que están unidos a su adorado Fernando, a quien juraron fidelidad con extraordinarias demostraciones de júbilo y de ternura. Pero ¿qué mayor desengaño queréis que el que estáis palpando? Esos soldados, que os resisten ¿no son americanos? No digáis que la coacción y la violencia los conduce a las acciones contra vosotros; porque esta impostura la desmienten el valor, e intrepidez que han manifestado, y que no son virtudes de un soldado a quien la fuerza coloca en las filas. Esas familias que corren despavoridas delante de vosotros, abandonando sus casas, y exponiéndose a las incomodidades y peligros de los caminos ¿no es la prueba más irrefragable de la aversión y aborrecimiento con que os miran?

No os dejéis deslumbrar de falsos esplendores: La revolución de nuestros vecinos los angloamericanos, que es al parecer el ejemplar que os habéis propuesto para su imitación, es el que os hace más odiosos, y os arguye de temerarios; porque si ellos intentaron su separación del gobierno británico fue violentados por este mismo en la ocasión en que gravándolos con opresivas contribuciones, lejos de escuchar los clamores de aquellos leales o industriosos pueblos, dictó mayores impuestos, quiso engrillar el comercio, y expidió edictos, que reformando el gobierno de Massachuset, atacaban sus antiguos privilegios, derogaban su constitución fundamental, y los reducían a la más dura esclavitud.

Para resistirla, usaron primero de medios pacíficos: representaron vivamente al gobierno, interesaron al ayuntamiento de la ciudad de Londres, que penetrado de la justicia de los americanos, dirigió al trono las reclamaciones más enérgicas; y enviaron diputados a la metrópoli, que

representasen al rey sus agravios, y le suplicasen les concediese con la paz y seguridad, su antigua constitución. El doctor Franklin, y sus dos co-agentes instaron eficazmente para que se les permitiera presentarse en la cámara de los comunes a apoyar sus pretensiones; y esta justa solicitud fue desairada y repelida. Por último, cuanto más se humillaban los habitantes de América para conseguir de la metrópoli un tratamiento equitativo y humano, mas inexorable era la altivez de los que llevaban el timón del gobierno, y más tiránicas sus determinaciones.

Frustradas todas las medidas pacíficas de los americanos, a quienes nada les quedó por hacer para conservar a un tiempo su unión con la Gran Bretaña, su estado libre y sus propiedades, y evitar la efusión de la sangre de sus hermanos, formaron un plan bien concertado de resistencia pasiva irrespetuosa, única defensa permitida a la parte agraviada de una república bien constituida. Ellos no comenzaron las agresiones, repelieron la fuerza con la fuerza; pero sin bajeza ni barbaridad, sino como las naciones cultas con humanidad y moderación, respetando las vidas y propiedades de los que no tomaban las armas para ponerles las cadenas de la esclavitud.

Cotejad ahora vuestra conducta con la de aquellos pueblos, y os cubriréis de vergüenza. Si estáis oprimidos ¿por qué no habéis dirigido vuestras representaciones al gobierno? ¿Por qué no habéis tentado los medios conciliatorios? ¿Por qué no habéis enviado diputados que reclamen vuestros derechos?<sup>89</sup> Y por último, ¿por qué sin preceder estos arbitrios

---

<sup>89</sup> La guerra, dice un publicista, es el fruto de una desgraciada necesidad; y un remedio tan terrible en sus efectos, tan funesto a la humanidad, y tan incomodo al mismo que lo emplea, que la ley natural no lo permite sino en el último apuro, es decir, cuando todos los demás son ineficaces para sostener la justicia.

pacíficos habéis comenzado las hostilidades indistintamente contra los europeos inermes o indefensos, que no han tenido parte activa en vuestras pretendidas opresiones?

Para hacer menos disculpable vuestra conducta habéis levantado el grito de la rebelión justamente en la época en que la América goza de representación nacional, cuyos beneficios ha comenzado a experimentar en varias franquicias concedidas a su agricultura y comercio; y en que tratándose en el augusto congreso de las cortes con incesante desvelo de reformar los abusos y tiranías que han introducido en uno y otro hemisferio la arbitrariedad y despotismo de los ministros; el reino debía prometerse las mayores ventajas, y ya estaría disfrutando de algunas si el desorden general producido por la insurrección, no hubiera obstruido todos los caminos que conducen a la felicidad.

Si los colonos consiguieron formar su constitución independiente de la Gran Bretaña fue porque intervinieron causas extraordinarias; la sabia dirección del doctor Franklin, el valor de Washington, la protección decidida de los poderosos monarcas de España y Francia; y porque esta mutación de gobierno, hija de la necesidad, era el voto de todos los habitantes, cuya unidad constituye una fuerza moral, que es irresistible. Mas en esta sanguinaria revolución ¿qué sabios dirigen? ¿Cuál es la protección poderosa con que se cuenta? ¿Dónde está manifiesta la voluntad de vuestros compatriotas?

Aquella revolución se verificó en oportunidad. Los colonos tenían industria, y tenían marina para exportar los frutos de ella, y de su agricultura. Nosotros carecemos de industria, pues la miserable que tenemos no satisface las primeras necesidades de las clases superiores, y aun cuando fuese lucrosa, la falta de marina nos impediría la exportación, que es la fuente de la prosperidad. Con dicha falta, y la enemistad de la Inglaterra, que aliada a la España por los

vínculos más estrechos, se declararí­a contra la independencia, nos tendrí­a como aislados en nuestro continente, privados de comunicaci3n con las naciones extranjeras, de relaciones, de luces, y dentro de poco tiempo este paí­s serí­a el de la barbarie.

Los colonos se propusieron conquistar su independencia; pero para conseguir su intento no se valieron del injusto, cruel e inhumano medio de robar y matar a los ciudadanos que habí­an nacido en la Gran Bretaña. Mas en esta revoluci3n, que cubre de infamia y oprobio a la naci3n americana, se despoja a los gachupines de sus caudales y su sangre se derrama desapiadadamente. Al tocar este punto quisiera tener la elocuencia y unción de un San Pablo para hablares de un modo, que os pudiera conmover y excitar para que desistierais de un proyecto abominable, ignominioso, bárbaro, que condenan el honor, la religi3n y la humanidad.

Porque ¿en qué podéis fundar una conducta tan sanguinaria? Los europeos, decís, no atienden a los americanos en la provisi3n de los empleos civiles y eclesiásticos; pero por ventura ¿esos europeos en quienes habéis ejecutado crueldades inauditas, han causado ese daño pretendido? Si ha habido tal injusticia, será del gobierno, pero no de los particulares que se han trasladado aquí con el designio de hacer su fortuna, sin tener influjo en la repartici3n de los destinos. Los gachupines, dicen las proclamas en que se predica la insurrecci3n, son unos malvados, que con los monopolios se hacen poderosos, con perjuicio de los hijos del paí­s, a quienes oprimen con tiraní­a por sus conexiones, y genio orgulloso, altanero, y dominante.

Ésta, en la generalidad con que se asienta, es una imputaci3n calumniosa. Hay, y ha habido desde el descubrimiento del reino europeos muy benéficos a la América, cuyos intereses y prosperidad han mirado con el más ardiente celo. Os podrí­a hacer una larga enumeraci3n, si

el tiempo me lo permitiera; pero registrad las historias fidedignas y hallareis venerables prelados empleando sus plumas en defender a los americanos de la opresión, y de la tiranía: hallareis celosos misioneros enteramente consagrados a la instrucción religiosa y política de los indios, abatiéndose hasta el punto de tomar la esteva del arado para enseñarles a cultivar la tierra; hallareis que otros han dejado cuantiosos caudales para construcción de puentes, para erección de casas de misericordia, para fábrica de iglesias, dotación de ministros, y otras obras de piedad, y utilidad pública. Hablemos sin pasión: muchos europeos de los que conocemos son dignos de todo aprecio y estimación por su carácter franco, sincero, desprendido, y benéfico. ¡Ah! ¡Cuántos de esos que habéis sacrificado inhumanamente han costado lágrimas a los americanos despreocupados, y justos! Convengo en que hay europeos malos, que por sus provocaciones, e injurias son odiosos; ¿pero no los hay también entre los americanos? ¿Queréis llevar el delirio hasta el punto de creer, que todos los americanos son justificados?

Mas quiero conceder que todos los europeos son perversos en grado sumo. ¿Lo son acaso tanto como los insurgentes? Los delitos de que acusáis a aquéllos, son, que nos oprimen, que nos provocan, que nos sindicán, y nos quitan los empleos; ¿pero acaso nos despojan con la fuerza de nuestros intereses, nos incendian nuestras casas, nos talan nuestras heredades, y nos quitan nuestras vidas? Sean enhorabuena los europeos todo lo que decís; pero en la moral que profesáis ¿es lícito a los particulares matar a los que nos dañan? ¿No nos enseña el Evangelio de Jesucristo que perdonemos a nuestros enemigos; que los amemos, y que correspondamos con bienes a los que nos hacen mal? A la luz de esta reflexión se convence uno de estos dos extremos: o que sois injustos, y más de lo que decís son los europeos; o que no creéis el Evangelio. Si lo primero ¿como buscáis

secuaces, cohonestando vuestra conducta, peor que la de aquellos que perseguís? Si lo segundo, vuestras palabras están contradiciendo vuestras acciones. Decís, que no pretendéis destruir a la religión, y faltáis a su espíritu, que es el de caridad, y de paz. Sean, repito por tercera vez, hombres muy malos los europeos, y convéngase en que causan los muchos y graves daños que decís a los americanos, ¿pero estos os han dado sus poderes para que venguéis sus agravios? ¿Cuál es vuestra misión? ¿Quién os ha constituido vengadores de las injusticias? Los crímenes que imputáis a los europeos tienen acción popular. ¿No es un axioma de eterna justicia, que la vindicta pública está reservada a los ejecutores de las leyes? Si a cada particular le fuera permitido tomar venganza de las injurias que le hagan, serían inútiles los jueces, vanos los tribunales, y se disolvería el vínculo de la sociedad, de la que sería necesario huir y habitar en los montes para vivir en seguridad.

Decís: nosotros no perseguimos a los criollos, sólo buscamos a los gachupines. ¡Qué prestigios pero prestigio que deprime y degrada el honor de los americanos, pues supone que esta persecución exclusiva puede ser estímulo para atraerlos a un partido el más injusto, e inhumano. ¡Qué dirán las gentes imparciales del antiguo mundo cuando sepan que en el nuevo la sola circunstancia de gachupín, es decir, de haber nacido en otro suelo, por lo que nadie puede ser delincuente, en la América causa la proscripción y la muerte!

Es un prestigio para seducir a la gente sencilla, e irreflexiva, e impedir, que al acercaros vosotros a los pueblos huyan de sus hogares, en los que sorprendéis a unos, y en otros excitáis las pasiones que os convienen para vuestros depravados intentos. No perseguir a los criollos, y de estos habéis sacrificado a sangre fría muchísimos. En los pueblos que han manifestado adhesión a la justa causa han perecido más americanos, que europeos. Numerad las víctimas, y

encontrareis, que por cada europeo han muerto por lo menos cien americanos.

Decís: que no perseguís a estos; y las mujeres que vestidas de luto lloran sin consuelo, el desamparo de la viudedad en que las habéis puesto por la muerte que habéis inferido a sus maridos ¿son europeas, o americanas? Esos tiernos niños, fruto de los matrimonios de los europeos, a quienes habéis dejado en la más lamentable orfandad ¿son europeos, o americanos? No satisfecha vuestra sevicia con haber muerto a los padres de familia, habéis reducido a éstas al infeliz estado de mendicidad, despojándolas de sus caudales.

Son tan íntimas las conexiones de los hombres que viven en sociedad, y tan mutuos sus intereses, que los males de unos son comunes a los otros. De consiguiente los perjuicios que habéis ocasionado a los europeos, los están resintiendo los americanos. Vedlo, sino: se ocuparon los reales de minas porque algunos eran de los europeos, y esta ocupación produjo necesariamente el extravío de los trabajadores, a quienes se halagó con el robo, y siguieron el partido de la insurrección. Murieron muchos en defensa de ésta, y otros despavoridos han abandonado su domicilio, temiendo el castigo; y desiertos enteramente unos minerales, y otros faltos de brazos y de habilitaciones, que en la mayor parte franqueaban los europeos, están los americanos resintiendo la falta de numerario. Han saqueado las haciendas, descarriado los operarios, e interceptado los caminos, y de ahí han seguido a los americanos los males de carestía de pan, falta de carnes, y ruina de su industria.

En la capital del reino, en que los europeos son la menor parte de su población, se come el pan a precio caro, en muchos días falta la carne, aun para las casas religiosas, y el reino todo gime en la miseria. Mi diócesis es de las que menos han padecido por la insurrección, y con todo, en esta ciudad

se hallan sus habitantes en la mayor indigencia, porque siendo el único ramo de subsistencia los tejidos de algodón, y no pudiéndose extraer ya hace un año, por la incomunicación en que los Insurgentes han puesto a esta ciudad con la tierra dentro, y por la imposibilidad en que están aquéllos y estos comerciantes de comprar, los telares están parados, y las familias privadas de su única ocupación se hallan en el más deplorable estado, y expuestas a cometer las maldades a que obliga una necesidad extrema. Por todas las calles no se oyen más que los tristes lamentos de la miseria, mezclados algunas veces con los gritos de la desesperación y de la rabia contra los autores de su desgracia.

Si las poblaciones padecen estos males no son menores los de las haciendas, en que la agricultura se va a ver casi perdida por falta de mulas, que por la insurrección no vinieron el año anterior, siendo muy temible que en éste suceda lo mismo, si no desistís prontamente de vuestro sistema destructor. Por la misma causa, la arriería está atrasada con perjuicio del comercio, y de los consumidores que son los que sufren el alto precio de los fletes.

Ésta es la actual situación de vuestra patria: los gravísimos perjuicios indicados sencillamente, son el fruto amargo de la revolución espantosa que habéis causado. La triste experiencia de sus funestos efectos no la podréis ya desmentir con palabras halagüeñas, con esperanzas lisonjeras, ni con proclamas seductoras. Los perjuicios de la rebelión no están en la clase de temidos, ya los han experimentado todos los americanos, y ya no podréis decirles que los anuncios que de ellos les hacía el gobierno, los prelados, y los otros que se interesaron desde el principio en la verdadera felicidad de su patria, son engaños. Han visto ya que los efectos de las convulsiones políticas son los robos, la muerte, y el hambre; que en vez de la felicidad prometida, sufren las mayores desgracias, y que el orden y tranquilidad en que se vivía en la

constitución que pretendíais destruir, ha sucedido la insolencia del vicio, el desenfreno de las pasiones y el desorden general.

Éste se advierte ya en todas materias, y especialmente en el sagrado derecho de propiedad, que antes se miraba con todo el respeto que exige la religión, la justicia, y las leyes de la sociedad. Antes no era desconocido el vicio del robo; pero no se presentaba a cara descubierta, buscaba la soledad de un camino, la oscuridad de la noche, y sus agresiones eran sin estrépito y sin descaro. La revolución ha hecho al reino el beneficio de quitar el embozo a este detestable vicio, de generalizarlo aun entre las gentes que antes vivían ocupadas honesta y útilmente, y que ya no respete hora, clase, ni condición.

Cuadrillas numerosas, acaudilladas por insurgentes que han venido a esta diócesis con el carácter de emisarios, o apóstoles de la insurrección, han atacado las haciendas de criollos, y de sacerdotes muy respetables, han robado dinero, ganados, caballos, semillas y armas, y de grado o por fuerza, han arrancado a los dependientes y operarios, llevándoselos consigo para acostumbrarlos al robo, y aumentar sus partidas, que van arruinando la agricultura, así porque la privan de brazos, como porque los labradores, por no quedar expuestos a insultos, o tal vez a la muerte en el desamparo de sus haciendas, las han abandonado, y viven en esta ciudad al abrigo de la numerosa población, y de la fuerza armada, que está dispuesta a repeler toda agresión.

Aquí viven seguros por lo respectivo a su existencia, pero llenos de inquietudes mortales, temiendo de un momento a otro les den la infausta noticia de que los insurgentes no les han dejado un buey para arar, ni un caballo para trillar, ni una mula para extraer los pocos frutos que les hayan quedado.

Iguales ansiedades se padecen en las poblaciones pequeñas, en las que se han cometido las mismas tropelías, injusticias y robos que en las haciendas. En el pueblo de Santa Ana Chiautempan, de esta diócesis, entró una de esas cuadrillas de bandoleros, aborto de la insurrección, y en la claridad del día robaron con desvergüenza y descaro las casas de varios europeos, entre ellos la de uno que tenía ocuparlos a cuatrocientos hombres que con su trabajo mantenían a sus familias, y el pueblo por esta industria estaba floreciente con utilidad de la parroquia, del rey, y del vecindario. La saquearon llevándose los ladrones lo que más les acomodó, distribuyeron a la plebe lo que no mereció su aprecio, inutilizaron los muebles, y dispersaron a los sirvientes.

Esta escandalosa acción, que convence el estado de inmoralidad, y falta de pudor a que la insurrección ha reducido al reino, ha obligado al mencionado europeo a trasladarse a esta ciudad, y quitar aquella casa, cuya resolución es un golpe mortal que va a arruinar al pueblo, porque quita a sus habitantes su ocupación, y la hambre y la necesidad los obligará muy pronto a aumentar el número de los ladrones que infestan los caminos y los pueblos, en términos, que europeos y americanos viven en continua zozobra ; unos y otros consideran cómo precaria su existencia, que depende únicamente de la voluntad de esos bandoleros, que como a muchos ha sucedido, los pueden precipitar en un momento en el espantoso abismo de la miseria.

¡Desgraciados hombres los que habéis levantado el estandarte de la rebelión! Si vuestro objeto fue derramar en el corazón de vuestros compatriotas la amargura y el llanto, tened la criminal complacencia de que lo habéis conseguido. Colocados en esas posiciones militares, como Nerón en la alta torre, extended la vista por todo el reino, y gustareis el bárbaro placer de ver incendiada a vuestra patria, y la veréis

reducida enteramente a cenizas, si Dios, apiadado de las muchas calamidades que han sufrido tantos inocentes, no hace en vosotros un castigo que os aterre y consuma; o si vosotros por algún resto de humanidad que os haya quedado, después de haberes alimentado con sangre humana, no os compadecéis de vuestros hermanos, que han apurado un cáliz tan amargo.

Se me despedaza el corazón cuando considero las desgracias, infortunios y miserias que han sufrido, y están sufriendo muchos de mis amados súbditos, que por huir de vosotros, no sujetarse al tirano yugo que queréis imponerles, ni faltar a la fidelidad que han jurado a nuestro legítimo soberano, han perdido sus intereses, han abandonado sus casas, han buscado asilo en los montes en donde se han alimentado con yerbas, han corrido caminos fragosos con sus queridas esposas y tiernos niños, sufriendo hambres, sol, lluvia, sereno y cansancio, habiendo tenido un amante padre el dolor de ver morir a la sombra de un árbol, y sin socorro alguno, a su recién nacido hijo. Mis amados tixtlecos, chilapanecos y demás errantes vecinos de los pueblos invadidos por los insurgentes, yo os miro como los mártires de la lealtad, os tengo sobre mi corazón, y en él siento vuestros males como propios. Quisiera que las continuadas desgracias de la patria no me hubieran puesto en los empeños en que me hallo, para poderos socorrer y aliviar vuestra infeliz situación.

Cuando acá en mi retiro considero a las ovejas de mi rebaño, que por sus enfermedades u otras causas se han quedado en sus pueblos y que privadas de sus legítimos curas que han huido, por no prestarse al sacrificio de su vida, o al sacrílego juramento que les exigís, viven en el mayor desamparo en lo espiritual, oyendo, en vez del suave silbo de su pastor, los aullidos espantosos del lobo que se ha introducido en mi aprisco para devorarlo y perderlo; el dolor

me ahoga y me hace desfallecer. Un sacerdote sacrílego, irregular, excomulgado, celebrando contra las prohibiciones de la iglesia en altar portátil, sin licencia del propio obispo, y administrando sacramentos ¡Jesús, que horror, que desacato, que profanación de lo más sagrado! ¡Dios mío, hasta que punto llega la ceguedad y desvarío del hombre cuando tú la abandonas!

Por ventura ¿el odio con que miráis a los europeos por las maldades que les imputáis, o el deseo de hacer independiente a este reino, os autoriza también para hacer en lo espiritual cuanto os dicte vuestro antojo? ¿Vuestro jefe en el sur es acaso el romano pontífice para ejercer jurisdicción en cualquiera diócesis?

Todos los caracteres de esta revolución manifiestan que es un aborto, un proyecto desatinado, y un delirio: porque si el objeto de ella es establecer la independencia, ¿dónde está el plan, los arbitrios y medidas conciliadoras? Para una empresa tan ardua como ésta, se necesita en primer lugar la voluntad de los pueblos, fondos para hacer la guerra a los que resistan, la dirección de buenas cabezas, planes bien meditados y concertados, que con probabilidad aseguren el éxito feliz, y no se destruya enteramente la patria. Pero todo falta: los hombres principales del reino, y que tienen más influjo en la opinión de sus conciudadanos, miran con detestación un proyecto injusto, impolítico y destructor; los que lo dirigen carecen de aquellos grandes conocimientos que son indispensablemente necesarios para crear una nueva constitución, acomodada a los genios, e inclinaciones de los indígenas, y a las circunstancias del país que habitan; el plan ha sido desde el principio robar y matar; y los fondos para mantener los ejércitos, si se puede dar este nombre a unas agregaciones indigestas y desordenadas, los ha formado el robo, el pillaje y la devastación, que se ha llevado a todas partes indistintamente, arruinándose el comercio, la

agricultura y la industria; de suerte, que si Dios no os detuviera vuestros pasos o el gobierno no tuviera medios eficaces, que si los tiene y no tardará en usarlos, haríais independiente un terreno árido y talado, y dominaríais sobre montones de cadáveres.

¿En qué libros de instituciones políticas habéis aprendido unas máximas tan imprudentes, injustas, sanguinarias y bárbaras? Yo leo las historias, y no encuentro otra conducta parecida a la vuestra, sino la de los jacobinos en Francia. Éstos con pretexto de felicidad de la patria, de igualdad, y de libertad, sacrificaban inhumanamente a todos los nobles y ricos para dezorar sus riquezas; hacían imputaciones calumniosas para proscribir a sus enemigos, que eran los hombres de probidad; y así con los horrores de la anarquía, destruyeron a su patria, para que después la impusiera el más tirano yugo un advenedizo, oprobio del género humano. Tomad lección en estos inhumanos delincuentes, que tuvieron el fin más desastroso; no se aparten de vuestra memoria las imágenes de Robespierre, Marat y otros; y tened siempre presentes estas dos máximas: que el grande delincuente rara vez queda impune; y que es fácil dar movimiento a la máquina de la revolución; pero en la rapidez que causa el desenfreno de las pasiones, ya es imposible el dirigirla, y por lo común queda el motor estrellado bajo de sus ruedas.

Esto se verifica puntualmente en las revoluciones más bien concertadas, y que presentan algún incentivo al menos a los hombres frívolos, y amigos de la novedad, ¡cuánto más bien sucederá en la presente, que tiene los caracteres más odiosos y aborrecibles! Tiene los vicios de ingratitude, de infidelidad, de inhumanidad, de barbarie y de bajeza. En algunas provincias de la América es verdad, que ha habido sus rebeliones; que en ellas se ha cometido la injusticia de no reconocer al supremo gobierno de España, y de repeler, o no

admitir a los magistrados nombrados por él; pero lejos de atacar a las propiedades y vidas de los europeos, y de privarlos del fruto de su trabajo, han convidado a todos con su territorio, ofreciéndoles protección y seguridad. Pero el sistema de esta insurrección es hostilizar, derramar sangre, y causar en el reino de México un desorden general. Y así temblará el pulso a los que hayan de escribir la relación de tan espantosos sucesos, y este nombre mexicano, que antes producía la idea de un hombre fiel, benéfico y manso, se oirá con el mismo horror, que el del indio caníbal.

¿Y qué, mis amados en Jesucristo, el mal es irreparable? ¿Ya no se puede poner dique a un torrente de iniquidad, que arrastra y destruye todo lo que se le pone por delante? ¿Sois de aquellos hombres débiles que llevan el error hasta el cabo? Digo débiles, porque no apartarse de lo malo por respetos, y por temor de que dirán, es efecto de debilidad de alma; por el contrario, detestar el error conocido, y sujetarse a la razón y justicia es obra de la fortaleza y grandeza de alma, que triunfa de sí misma, y se sobrepone a vanas puerilidades.

Basta, pues, hijos de mi corazón, basta ya de delirios, y de injustas atrocidades. Sed dóciles a la voz de un indigno obispo, vuestro compatriota, que en hablare no tiene otro interés, que el bien de su patria, el de sus ovejas, y el de vosotros mismos. Escuchadme siquiera, porque vuestros descarríos han afligido mi corazón en tanto grado, que en el periodo de un año no ha entrado en él ni una sola vez el contento; vestido de luto no ha hecho más que estar enviando a los ojos torrentes de lágrimas que han humedecido su lecho; y no careciendo de fortaleza para sobrellevar adversidades, o infortunios, no tiene la dureza necesaria para sobrevivir a la ruina de su patria. La que ha padecido me conduce ya al sepulcro; dadme, siquiera el consuelo de basar a él con la esperanza de que van a tener término los males, y entonces moriré contento, llenándoos de bendiciones, y tributando a

Dios las más tiernas y fervorosas gracias por vuestra conversión, por el beneficio de mis ovejas, y la permanencia de mi patria.

Enjugad las lágrimas de esta tierna madre, que penetrada del más acervo dolor, os suplica con voz lánguida y desmayada, y en la actitud más lastimera y compasiva, que no despedacéis más su delicado seno en que amorosamente os ha abrigado por tanto tiempo; que no la pongáis en la triste y amarga constitución de la tecuites, de perder unos hijos por vuestra crueldad, y a vosotros por el rigor de las leyes.

¡Ah! yo veo pendiente sobre vuestras cabezas la espada de la justicia, y próxima a descargar el golpe. El sabio, prudente y activo jefe que nos gobierna, dicta las más eficaces providencias para formar dos respetables ejércitos que en el próximo mes vayan a batir a las divisiones de Zitácuaro<sup>90</sup> y Tixtla. Cuando considero que los referidos ejércitos, que son una medida precisa, dictada por la justicia, y la necesidad de conservar este precioso reino, han de llevar la muerte a mis paisanos, unidos a mí por los vínculos de la patria, de la religión y de la caridad, y que su sangre derramada por el capricho y la seducción de los jefes de la rebelión, ha de formar arroyos espantosos, el dolor me pone en la mas congojosa agonía. ¡Dios mío, si con mi vida puedo libertar la de mis hermanos, yo te hago el sacrificio de ella! ¡Perdona, Señor, a tu pueblo, y haz que conozca sus errores, para que detestándolos de corazón, se conviertan a ti!

A vosotros, o jefes, se dirige principalmente mi débil voz: en vuestras manos está la suerte de tantos infelices y la de vuestras almas; escuchadme con docilidad; porque quizá el desprecio que hagáis de las exhortaciones de un indigno

---

<sup>90</sup> Ciertas ocurrencias, que no son desconocidas, retardaron hasta enero [de 1812] la expedición de Zitácuaro. [*Apuntamiento posterior al Manifiesto primero*. NOTA A LA EDICIÓN ELECTRÓNICA].

obispo, pero sucesor de los apóstoles, será el pecado que llene las medidas de la paciencia y sufrimiento del Dios de las misericordias, que también lo es de las venganzas, y dispare sobre vosotros el rayo de su indignación.

Basta ya de ofender a su infinita bondad con unos pecados enormísimos y atrocísimos. Entrad en vosotros mismos, y avivando la luz de la fe, que se os infundió en el sagrado bautismo, bajad por un momento con la consideración al espantoso seno del infierno y veréis millares de almas, que por vuestra causa padecen tormentos inexplicables, que jamás tendrán fin. Allí escuchareis los gritos de la desesperación, y de la rabia de tantos miserables que lloran sin fruto y sin consuelo el haberos servido en vuestros proyectos injustos, y las terribles execraciones que vomitarán contra los autores de su lamentable desgracia.

¿Qué esperáis? por ventura ¿a caer en manos de la justicia como los primeros jefes de la insurrección para subir a un ignominioso patíbulo, cargados con el peso de las maldiciones y execraciones de los que por vuestra causa han perdido sus casas, caudales, hijos y parientes? ¿O a qué una bala, dirigida por la mano vengadora del Señor, os haga pasar en un instante de los brazos de la impiedad y crueldad al tremendo tribunal de un Dios inexorable, que ha de convertir en rigor y severidad la dulzura, paciencia y bondad con que os ha sufrido por tanto tiempo? Registrad vuestra conciencia, y si la conducta que habéis observado no ha apagado en vuestras almas la antorcha de la fe, porque de la grande relajación la incredulidad no hay mucha distancia, habéis de confesar, que para morir cristianamente, reconciliándoos antes con Dios, y reparando en lo posible los escándalos y datos que habéis causado con vuestro ejemplo y exhortaciones, necesitáis de mucho tiempo para arreglar este asunto, el único importante para el hombre, que todo lo perdió, si perdió su alma.

Pues si ésta es una verdad de dogma ¿cómo podéis continuar en un ejercicio tan peligroso en que uno de vuestros soldados, arrepentido de su infidelidad, o traído de algún interés, os puede sacrificar, o cuando no, uno de los muchos azares de la guerra, os puede quitar violentamente la vida? En este último caso, no muy remoto, ¿cuál será vuestra suerte? ¡Ah! ¡La más infeliz que puede suceder a una criatura! Perder el inestimable precio de la sangre redentora de Jesús nuestra vida; privarse para siempre de la vista de Dios, que es el único objeto que puede llenar la grandeza y extensión del alma racional, y ser víctima por toda la eternidad de un fuego devorador.

¿Os confiáis acaso en que si sois rendidos en la lucha, tendréis lugar para preveniros al tránsito del tiempo a la eternidad? Esta esperanza es muy falible; pero aun cuando así sucediera, ¿estaba seguros de que Dios os concederá entonces los auxilios para vuestra conversión? Leed las Santas Escrituras y veréis, que el Señor desprecia a los que han sido rebeldes a sus llamamientos, y les vuelve las espaldas; que si gritan, cierra sus oídos a los clamores de los que antes no quisieron escuchar su voz ¿Por ventura, dice Job, oirá Dios el clamor del hipócrita cuando viniere sobre él la angustia? ¿O podrá invocar al Señor en todo tiempo?

Ahora lo es, mis amados en Jesucristo, de que expiéis vuestros anteriores desvaríos, y de que os reconciliéis con Dios que os espera con los brazos abiertos para daros el ósculo de paz y de amistad, no trabajéis en vano, queriendo edificar la casa de la dominación sobre débiles cimientos. Reflexionad en Abimelec, que es el ejemplar que yo encuentro en las Santas Escrituras más parecido a vosotros. Quiso dominar en Sichem, y el principio de su proyecto frió una mentira ¿qué es mejor para vosotros, les decía, que os

dominen setenta hombres, los hijos de Jerobaal, o uno solo?<sup>91</sup> Así esta revolución se excitó al principio con las calumnias de que el reino iba a ser entregado por los españoles a los ingleses, o a los franceses. Para pago del ejército que había de sostener la pretensión de este tirano, se tomó el dinero del templo de Baalberit.<sup>92</sup> Aquí se han despojado las iglesias del Dios verdadero de los caudales destinados para el culto, y se han invertido en prest de soldados. Levantó un ejército compuesto de hombres pobres y vagos.<sup>93</sup> El que ha seguido la mala causa es una agregación de hombres delincuentes, que aman la ociosidad y carecen de arbitrios para subsistir. Sacrificó a sus hermanos a la ambición de reinar;<sup>94</sup> en esta revolución se han sacrificado millares de hermanos al capricho, a la venganza, y a otras pasiones exaltadas. Los que habían seguido el partido de Abimelec se ejercitaban después en toda clase de latrocinios, y en robar a los caminantes;<sup>95</sup> los que en el día se llaman insurgentes son unos bandoleros que asesinan y roban, no sólo en los caminos, sino también en las poblaciones indefensas ¿Y cuál fue la suerte de Abimelec? ¡Ah! ¡No permita Dios que en ésta también os asemejéis a aquel tirano! Una mujer le disparó una piedra, que le hizo

---

<sup>91</sup> *Quid vobis est melius, ut dominantur vestri septuaginta viri, omnes filii Jerobaal, an ut domiuetur unus vir.* Libro de los jueces, cap. 9. vers. 2. En esto mintió el tirano. Véase a Corn a Lapide en exposicion de este texto.

<sup>92</sup> *Dederuntque illi septuaginta pondo argenti de fano Baalberit.* Cap. eit. Vers. 4.

<sup>93</sup> *Qui conduxit sibi ex eo viros inopes & vagos sequuti sunque eum, Id. Id.*

<sup>94</sup> *Et occidit fratres suos filios Jerobaal septuaginta viros super lapidem unum. Id. Versículo. 5.*

<sup>95</sup> *Dum illius praestolabantur adventum, exercebant latrocinia, & agentes praedas de pretereuntibus. Id. V. 25.*

saltar los sesos;<sup>96</sup> o y para que no se dijera que aquélla le había muerto, hizo que su escudero le matara con su espada.

Dice la Sagrada Escritura, que muerto Abimelec todos los que le seguían se restituyeron a sus casas.<sup>97</sup> No aguardéis hijos míos muy amados, a que vuestro desastrado fin haga volver a sus hogares y antiguas ocupaciones a esos hombres que os siguen. Haced desde ahora que abandonen tan injusto y ruinoso empeño. A esta loable acción os estrechan la conservación de vuestras vidas, la eterna felicidad de vuestras almas, la tranquilidad del reino, el bien de vuestros conciudadanos, la prosperidad de vuestra patria, y la de toda la monarquía. ¡Cuántos y cuán caros intereses se reúnen en el pequeño sacrificio que hagáis de vuestro amor propio! Dad este consuelo a vuestros compatriotas, que hostigados de tantos desastres e infortunios, aborrecen su existencia. Conceded este alivio a la afligida humanidad, que gime agobiada bajo el peso de las mayores adversidades. Ahorrad la sangre de vuestros compatriotas, que se derramará con abundancia, si permanecéis en vuestro capricho. Escipión el africano, quería más bien salvar la vida de un conciudadano, que matar a cien enemigos. Así se explicaba aquel gentil, que no conocía la fe, ni la caridad, pero tenía sentimientos de humanidad. Y vosotros que profesáis la religión de Jesucristo, cuya alma es la caridad, ¿seréis tan inhumanos que quitéis la vida a vuestros conciudadanos, que son los que siguen vuestras banderas, y los que por su fidelidad al rey, a la patria, y a la religión se os oponen? Dad por último, este

---

<sup>96</sup> *Et ecce una mulier fragnem molae desuper jaciens, illist capiti Abimelec & confregit cerebrum ejes; qui vocavit cito armigerum suum, & ait ad eum: Evagina gladium tuum, & percute me: nec forte dicatiur quod a femina interfectus sim. Qui jussa perficiens intefecit eam. Id. Versículo 53 y 54.*

<sup>97</sup> *Illoque mutuo omnes qui cum eo erant de Israel, reversi sunt in sedes suas. Id. versículo 55.*

motivo de alegría a los ángeles, y a los santos en cuya feliz mansión se celebra con extraordinario júbilo la conversión de un pecador.

¿Qué os detiene para no abrazar un partido tan justo, racional y benéfico? ¿Acaso el rigor y la afrenta de un castigo? No temáis: yo me echaré a los pies del excelentísimo señor virrey, y bañado en lágrimas le pediré con todas las efusiones de mi corazón, que os ama con el más tierno amor, que sepulte en el olvido vuestros descarríos. Estoy seguro de que este incomparable jefe, a quien tocó, como a Job, un alma buena, y cuyas entrañas son la misericordia y la piedad, no desairará mis súplicas.<sup>98</sup> Las oirá con benigna complacencia, porque al hombre generoso y benéfico nada le es más agradable, que el que se le presenten ocasiones de ejercer su beneficencia.

¡Qué gozo para mí! Si presentándoos dóciles a mi voz, y arrepentidos de vuestra anterior conducta vinierais a mí, y cargándoos sobre mis hombros como oveja descarriada, os presentara al excelentísimo señor virrey para que os diera el sello de reconciliación. Este sería el día más fausto y glorioso de toda mi vida. ¡Qué alegría para América! ¡Qué gozo para la España! ¡Qué gloria tan pura para vosotros! Vuestro nombre no se pronunciaría como ahora, con maldiciones y anatemas, sino con gusto, y bendiciones.

Mi carácter, estado, y dignidad me ponen a cubierto de toda sospecha de traición y superchería; sin embargo, para que con más confianza podáis entrar en este plan de reconciliación, os daré todas las seguridades que queráis.

---

<sup>98</sup> Aunque el excelentísimo señor virrey me había comunicado ya la facultad de indultarlos, como se manifiesta por la fecha de la carta de su excelencia, se consideró conveniente ocultarlo para que la circunstancia de estar ya hecha la gracia, no la hiciese despreciable.

Dios, que es el padre de las luces y la fuente de todo bien, ilumine vuestros entendimientos y mueva vuestras voluntades para que conociendo el camino de rectitud, y justicia que os he designado, forméis la resolución de emprenderlo para gloria del Señor, consuelo de la iglesia, bien de las almas y pacificación del reino.

Puebla de los Ángeles, septiembre 15 de 1811.- *Manuel Ignacio*, obispo de Puebla.- Por mandado de su excelencia ilustrísima el obispo mi señor.-Doctor don Francisco Pablo Vázquez, secretario.